

que luego, cuando los hechos se desarrollaron abiertamente
 inverosímiles, sucesos de todo el esplendor de su poder,
 todo el mundo quería averiguar el protagonista de haber
 habido antes algo, con detalles sorprendentes, haber
 estado allí, en primera fila, siendo testigo de recepción de un
 suceso que no había tenido por qué revestir la menor
 importancia ya que era, según todos los pareceres, de
 índole menor — aunque esta particular hubo de quedar por la
 pronto en suspenso ante las miradas prorrumpieron (que se
 abalanzaron, por cierto, contra todo pronóstico y en el acto
 más por su alguna tema la totalidad de octubre un mes)
 de los que algunos que en esa a las apuraciones a la que
 nos hemos juzgado — había cuenta de que cuando en
 algún tan cotidiano como lo es el que se ha estado la
 experiencia alguna así el que se dependían no fuesen.

No según todas apariencias y al final según las que
 resultaron a criterio de cada cual más reflexivos una vez que
 conocidos los mismos se hacen más y se pudiera recordar
 todo lo acontecido desprovisto de la carga emocional que sin
 duda sigue allí, en el espacio singular en el que sucedió y
 bajo el reflejo de esas circunstancias que concurren que
 nunca más volvieran repetirse ni en presencia, por
 añadidura, de una repetición que no lleva a obliquo, casi
 seguro, todo lo que debería florecer en mente de manera
 ordenada y rigurosa con idénticos criterios de "rigor" y de
 "verdad" que los que agilizaban los expedientes prorrumpieron.

Unas apariencias¹⁹

1

que, engañosas como todas las de su calaña¹, se mostraban las muy ladinas predispuestas a dejarse ver de un perfil que, alegaban, daría una idea bastante aproximada de cómo no serían vistas de frente y a la luz implacable de los focos que, no de infección pero tampoco de vicio, propalarían hasta los últimos confines de lo razonable y de su radio de acción —o área de influencia si es que se



Una mujer corpulenta

1

de la segunda fila que, en buena lógica y no entrando a cuestionar — como no se iba a entrar a la vista del letreiro que advertía de "Solo personal autorizado" que por suvizar tentaciones había venido a remplazar a la calavera con dos huesos cruzados que había estado en ese mismo sitio desde que el mundo había dejado de serlo, no del todo, pero sí de unas apariencias que, aunque disimulando su malestar para no verse abandonadas a su suerte y terminar por perderse por completo, encajaron muy mal la expropiación (que tildaron de "expolio" aunque nada más por lo bajo y entre dientes porque, y eso lo reconocían, violencia no la hubo) y se sentían tan molestas que no dejaban de rebullirse como si les picara todo un cuerpo del que por causa de su condición carecían — que su localidad fuese auténtica, adquirida legalmente en la taquilla y no a través de reventa en cualquier chiringuito clandestino y chapuero (de esos que hacen imitaciones idénticas a los originales pero sin control alguno sobre la numeración y, así, pasaba lo que pasaba), hubiera en buena lógica de haber tomado asiento entre la muchacha delgadita (que, se recordará, nos puso al corriente del carácter difícil de Calpurnia) y la prima referenciada en ese mismo ¹ el paquete de platos pero, ya porque llegase con la sesión empezada o porque su corpulencia le dificultase abrirse paso entre la multitud, se dejó caer exhausta allí, donde bienamente le pilló el primer mazazo del juez (de una instancia, cabe puntualizar, que a saber si al paso que llevábamos sería por fin la última de una serie combinada de algoritmos de Euclides y de Dijkstra o, sencillamente, de guarismos y caracteres alfabéticos de la que casi nadie llevaba ya la cuenta) dado con energía un solo golpe seco al objeto de mandar callar, entre Trinidad Bustos y Ukhthñ que, la una por tener la fiesta en paz para una vez que (tan dominada por una madre enormemente positiva que alegaba querer nada más protegerla) salía, y

¹ y si no se recordara al índice al Sumario, justo encima de una de las primas de las de Roberto que fue, precisamente, la que... pero, bueno, déjenos eso ahora y que quiera saber más así sea.

daba la circunstancia de que el razonamiento no saliese redondo y, en consecuencia, el tan traído y llevado recurso del famoso 2 Pi R no sirviese o, aun sirviendo (dado que Pi fue siempre un número tan amable, solícito y bien dispuesto, que sin inmutarse en lo más mínimo ni en su entereza ni en su decimalidad se prestaba a participar en el planteamiento y hasta en la resolución de una variadísima gama de ecuaciones “entre las que nos encontraremos² desde las más sencillas de primero y de segundo grado a otras tan complejas como [las de Bernoulli y de Nernst](#) que podéis ver³ en todo el esplendor de su máximo desarrollo [aquí](#)”) no se pudiera aplicar por estar los examinandos careciendo de los conocimientos previos que

¹ A tenor por lo menos del criterio demasiado rígido de una Valeria tan personal e intransferible como pudiera serlo la finada en la memoria, no mala propiamente pero sí muy traviesa y algo desordenada e inconstante, de Albertito el del tuerto.

² Solía decir la señorita X — o “señorita de referencia” que para que cada cual encuentre la suya tratándose, como se trata, de una cuestión tan personal e intransferible se recomienda ir a esta [caja de bombones](#) abierta y pulsar haciendo uso del puntero en un punto (de ahí el para qué del puntero) que se halla en la parte de arriba de la foto de otra (también señorita) con sombrero; concretamente cerca de su ángulo superior derecho.

³ Solía la señorita de referencia decir también advirtiendo de que si no las podíamos ver podría deberse a que como ella las había cogido de páginas de Internet — sin permiso, por cierto, de los dueños, de manera que hiciéramos el favor de mantener el secreto por si pudiera ello acarrearle problemas legales — cabía la posibilidad de que si al autor se le antojaba desapareciesen en cualquier momento y nada más encontrásemos “no se encuentra la página”.

no serían adquiridos hasta la hora siguiente y entiéndase como tal de cuatro a cinco una vez descontado el par de minutos o tres que los docentes perdían siempre por el camino entre la sala de profesores y el aula al que según el tablón de anuncios debieran dirigirse para impartir sus regañinas y, si el guion se ponía exigente y no quedaba otro remedio que complacerlo, algún que otro coscorrón —el supuesto, harto improbable, de que no tocara Ciencias Naturales o, bajo la ventana, el patriarca de la familia de cíngaros (que venían casi todas las tardes a colocarse con su escalera plegable y su cabra) el acordeón.



INFO ABOUT RIGHTS

2305214374427

www.safecreative.org/work